

fue amistoso. Cuando pasó de regreso en 1777, le pidieron que llevara una comitiva ante el virrey Antonio de Bucareli y Ursúa para rendirle pleitesía y solicitarle una misión. Quizá temían incursiones de los comanches, que estaban en plena expansión. Lo concedió. Pero el trato que recibieron de los misioneros y soldados no les gustó. En 1781, se rebelaron, mataron clérigos y guardias, fueron reprimidos, pero no se rindieron: cerraron el paso por la ruta de Anza.

Se estima que los yumas eran unos cuatro mil a principios del siglo XVI, dos mil en 1770 y menos de mil en 1950. En 1980, los hablantes de su lengua censados en los Estados Unidos fueron setecientos; en 2015 quedaban doscientos noventa. Para México, Alonso Vidal (1997) estimó “cerca de noventa”.

Naturalmente, los mestizos que tienen sangre yuma son miles, y ahora promueven que el yuma se enseñe en las escuelas. La mayor parte vive (del turismo y un casino) en la Fort Yuma Indian Reservation, cerca de Yuma. La etnia tiene estación de radio y su propia página web: Fort Yuma Quechan Indian Tribe. Está en campaña para que todos participen en el Censo 2020 y la comunidad reciba tres mil dólares por persona.

Del lado mexicano, hay una pequeña población (Los Algodones, Baja California, cinco mil habitantes en 2010) que fue yuma y ahora tiene seiscientos dentistas y trescientas farmacias para el turismo médico de los Estados Unidos y Canadá.

Los yumas o quechas se llaman a sí mismos *kutsáan*, ‘los que bajaron’. Su lengua da nombre al grupo lingüístico yumano (cochimí, cucapá, kiliwa, kumiai, pai pai). Pero el *Catálogo de las lenguas indígenas nacionales* del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, que registra las otras lenguas del grupo, no registra la de los yumas.

Hay libros y videos sobre los yumas, en inglés. Pero tantas cosas llevan *yuma* en su nombre y no se refieren a la etnia, que es mejor buscar con la palabra *quechan*.

DOS CANCIONES DE ARRULLO

Tu mamá, tu mamá.
La mazorca
le pidió, le pidió
que la pelara.

Lloras y lloras
porque te topaste
con el mezquite.

BORREGO CIMARRÓN

La montaña es áspera
y resbaladiza.
En la cima, el borrego
mira hacia un lado y otro.

La vista es bellísima.
“Voy a saltar” —piensa.
Y salta a la belleza.
Eso dice la canción.

Fuente: Leanne Hinton, Lucille J. Watahomigie, *Spirit mountain. An anthology of Yuman story and song*, Tucson: University of Arizona, 1984, pp. 331-333.

EL VENADO

El venado trota, corre,
se detiene a veces.
Viene desde el ojo de agua
del río Colorado
que brota y aparece.

El venado le roba luz al día.
Pasa y después
la luz se vuelve oscuridad.

Oscuridad total, noche negrísima.
El venado le dice a la araña:
“Haz hilo para guiarme.”
Ella ata cabos y teje.
Ahora el venadillo camina y trota,
salta y brinca.

Ha salido de la oscuridad.

LA LIBÉLULA

La libélula baila en el agua.
Hunde su cola en el reflejo
de arriba abajo.

Es la libélula la que atrae
hacia sí las siluetas,
las oscuras sombras
de la tarde sobre el agua.

EL CUERVO

Mientras el zopilote alegre
danza en el aire,
grazna aleteando.
El cuervo trata de imitarlo,
falla y se desploma.

Fuente: Alonso Vidal, *Los testimonios de la llamarada. Cantos y poemas indígenas del noroeste de México y de Arizona*, Hermosillo: Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Sonora, 1997, pp. 34-37. —

GABRIEL ZAID es poeta y ensayista. Su libro más reciente es *El poder corrompe* (Debate, 2019).